

NUEVA TRADUCCIÓN Y EDICIÓN AL ESPAÑOL



La
santidad
de
Dios

R.C.
SPROUL

«La santidad es la corona de los atributos de Dios. Nuestro Dios es glorioso porque es santo. Pero, ¿en qué consiste la santidad de Dios? ¿Cómo se supone que debemos relacionarnos con un Dios tres veces santo? ¿Cómo debe reflejarse la santidad de Dios en el carácter del creyente? Este clásico de R.C. Sproul responde estas preguntas con la profundidad y precisión de un teólogo, y el corazón de un pastor. Hazle un favor a tu alma y lee este libro en oración. Tu vida será transformada en la misma medida en que te acerques a un mejor entendimiento de este glorioso atributo divino».

— **Sugel Michelén**, pastor de la Iglesia Bíblica del Señor Jesucristo en Santo Domingo, República Dominicana

«¡Este libro es revolucionario! Todo en nuestras vidas y ministerios comienza y termina con una conciencia de la santidad infinita de Dios que nos desgarrar el alma. Estos dramáticos capítulos, escritos de manera impactante, revelan lo que es la santidad de Dios y cómo debería revolucionar nuestras vidas».

— **Steven Lawson**, fundador y presidente de *OnePassion Ministries* y uno de los maestros de Ministerios Ligonier

«En 1986 vi en video la serie “La santidad de Dios” y las enseñanzas del Dr. Sproul me motivaron a conocer a ese Dios Santo que envió a Su hijo Jesucristo para salvarnos del pecado. Esta obra es ahora un clásico que todos los cristianos deberíamos leer al menos una vez en la vida».

— **Víctor Cruz**, pastor-plantador de la Iglesia El Redentor en Ciudad de México, México

«No hay otro libro que nos cautive con tan precisos detalles acerca de la hermosura de la santidad de Dios como el que tienes en tus manos. Esta obra de nuestro hermano R.C. Sproul es un referente de la literatura reformada del siglo XX. Al leerlo, tu asombro y temor a Dios serán reavivados de tal manera que dirigirán tu piedad personal, servicio y adoración a Él hacia el propósito más excelente de todos: ser apartado por la gloria de Dios y para ella».

— **Javier Domínguez**, pastor general de la Iglesia Gracia Sobre Gracia en San Salvador, El Salvador

«En once cortos capítulos llenos de enseñanza escritural clara el Dr. R.C. Sproul transmite al corazón creyente lo glorioso de la santidad de Dios. El ávido estudiante de la Biblia que anhela crecer en santidad encontrará aquí lo temible que es estar en la presencia del Dios santo. Pero, al mismo tiempo, se deleitará al comprender su llamado a ser santo como Él es santo».

— **Alonzo Ramírez**, pastor de la Iglesia Evangélica Presbiteriana del Perú 3ª Congregación de Cajamarca, Perú

La santidad de Dios

La
santidad
de
Dios

R.C. SPROUL



MINISTERIOS LIGONIER

La santidad de Dios

© 2022 por Ministerios Ligonier

Primera edición

Distribuido en América Latina y España por Poiema Publicaciones
Poiema.co

Publicado originalmente en inglés bajo el título

Holiness of God by R.C. Sproul

por Tyndale House Publishers, Inc., Carol Stream, IL, 60188

Copyright © 1985, 1998 por R.C. Sproul

Publicado en español con permiso por Ministerios Ligonier

421 Ligonier Court, Sanford, FL, 32771

es.Ligonier.org

Impreso en Ann Arbor, Michigan

Cushing-Malloy, Inc.

0000422

ISBN 978-1-64289-427-1 (Tapa rústica)

ISBN 978-1-64289-428-8 (ePub)

ISBN 978-1-64289-429-5 (Kindle)

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro— sin el previo permiso escrito de Ministerios Ligonier a excepción de las citas breves en las reseñas publicadas.

Adaptación de portada: Ligonier Creative

Diagramación de interior: The DESK, Poiema Publicaciones y Ministerios Ligonier

Traducción al español: Roberto «Roby» Reyes y Alicia Ferreira de Díaz

Edición en español: José «Pepe» Mendoza, Daniel Lobo y Emanuel Betances

Las citas bíblicas, a menos que se indique lo contrario, son tomadas de LA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS (LBLA). Copyright © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados.

Library of Congress Control Number: 2021952304

*A Kaki y Ryan
y a su generación,
para que vivan durante
una nueva reforma.*

Contenido

Reconocimientos

1. El Santo Grial	1
2. Santo, Santo, Santo	17
3. El temible misterio.....	39
4. El trauma de la santidad	51
5. La demencia de Lutero	79
6. Justicia santa	105
7. Guerra y paz con un Dios santo	143
8. Sed santos, porque Yo soy santo	169
9. Dios en las manos de pecadores airados	187
10. Mirando más allá de las sombras	199
11. Espacio santo y tiempo santo	217
Notas	235

Reconocimientos

*Mi especial agradecimiento a Wendell Hawley
por su cálido y amable apoyo en este proyecto.
Si este libro tiene algo de claridad,
el crédito debe ir a mi esposa, Vesta,
quien es mi editora más implacable y amorosa.*

Capítulo 1

El Santo Grial

*Un caballero alegre y audaz
de día y de noche cabalgando va.
Y canta su canción mientras sigue osado
a la busca de El Dorado.*

Edgar Allan Poe

Me vi obligado a abandonar la habitación. Un llamado profundo e innegable perturbó mi sueño; algo santo me llamó. El único sonido era el rítmico tic-tac del reloj en mi escritorio. Parecía vago e irreal, como si estuviera en una cámara, sumergido en lo profundo del agua. Había llegado al borde del sopor, donde la línea entre la consciencia y la inconsciencia es borrosa. Estaba suspendido en ese momento, como cuando uno cuelga precariamente en el borde de un abismo, un momento en el que los sonidos del mundo exterior todavía invaden la tranquilidad de nuestro propio cerebro, ese momento justo antes de que ocurra la rendición a la noche. Dormido, pero todavía no dormido.

Despierto, pero no alerta. Aún vulnerable al llamado interno que decía: «Levántate. Sal de esta habitación».

El llamado se hizo más fuerte, más urgente, imposible de ignorar. Una explosión de desvelo me hizo incorporar y balancear las piernas hasta que mis pies tocaron el piso. El sueño se desvaneció en un instante y mi cuerpo actuó con decisión. En cuestión de segundos, estaba vestido y saliendo de mi dormitorio de la universidad. Una rápida mirada al reloj registró la hora en mi mente: faltaban diez minutos para la medianoche.

El aire de la noche era frío, convirtiendo la nieve de la mañana en una cubierta de corteza dura. Sentía el crujido bajo mis pies mientras caminaba hacia el centro del campus. La luna arrojaba un manto fantasmal sobre los edificios de la universidad, cuyas canaletas estaban adornadas con carámbanos gigantes: gotas de agua detenidas en el espacio, dagas sólidas de hielo que parecían colmillos congelados. Ningún arquitecto humano podría diseñar estas gárgolas de la naturaleza.

Los engranajes del reloj en lo alto de la vieja torre principal comenzaron a rechinar y los brazos se encontraron y se pusieron uno sobre el otro. Escuché el sordo gemido de la maquinaria una fracción de segundo antes de que las campanas comenzaran a sonar. Cuatro tonos musicales indicaron la hora completa. Estos fueron seguidos por el constante y sonoro golpe de las doce. Conté las campanadas en mi mente, como siempre lo hacía, buscando un posible error en la cantidad. Pero nunca fallaban. Exactamente doce golpes resonaron desde la torre como el martillo de un juez enojado golpeando el metal.

La capilla estaba a la sombra de la vieja torre principal. La puerta estaba hecha de roble pesado con un arco gótico. La abrí y entré al atrio. La puerta se cerró detrás de mí con un sonido metálico que rebotó en los muros de piedra de la nave.

El eco me sorprendió. Era un extraño contraste con los sonidos de los servicios diarios de la capilla, donde el abrir y cerrar de las puertas era atenuado por los sonidos de los estudiantes que caminaban y se repartían en sus lugares asignados. Ahora el sonido de la puerta se amplificó en el vacío de la medianoche.

Esperé un momento en el atrio, dando a mis ojos unos segundos para que se acostumbraran a la oscuridad. El tenue resplandor de la luna se filtraba a través de los vitrales de colores opacos. Pude distinguir el contorno de los bancos y el pasillo central que conducía a los escalones del presbiterio. Tuve un sentido majestuoso del espacio, acentuado por los arcos abovedados del techo. Parecían atraer mi alma hacia arriba, un sentido de altura que evocaba la sensación de una mano gigante que se extendía hacia abajo para levantarme.

Me moví lenta y deliberadamente hacia los escalones del presbiterio. El sonido de mis zapatos contra el piso de piedra traía a la memoria las imágenes terroríficas de soldados alemanes marchando en sus botas de suelas con clavos por las calles adoquinadas. Cada paso resonó por el pasillo central mientras llegaba al presbiterio alfombrado.

Allí caí sobre mis rodillas. Había llegado a mi destino. Estaba listo para encontrarme con la fuente del llamado que había perturbado mi descanso.

Estaba en posición de oración, pero no tenía nada que decir. Me arrodillé allí en silencio, permitiendo que la sensación de la presencia de un Dios santo me llenara. El latido de mi corazón era revelador, un latido fuerte contra mi pecho. Un escalofrío comenzó en la base de mi columna y subió hasta mi cuello. El miedo se apoderó de mí. Luché contra el impulso de huir de la presencia premonitoria que me sujetaba.

El terror pasó, pero pronto fue seguido por otra ola. Esta ola era diferente. Inundó mi alma con una paz indescriptible, una paz que trajo

descanso instantáneo y reposo a mi espíritu perturbado. En seguida me sentí cómodo. Quería quedarme allí, sin decir nada, sin hacer nada. Simplemente gozar de la presencia de Dios.

Ese momento transformó mi vida. Algo en lo profundo de mi espíritu se estaba estableciendo de una vez por todas. A partir de ese momento ya no podía haber vuelta atrás; ya no podía borrarse la marca indeleble de su poder. Estaba solo con Dios. Un Dios santo. Un Dios asombroso. Un Dios que podía llenarme de terror en un segundo y de paz en el siguiente. En esa misma hora supe que había gustado del Santo Grial. Nació en mí una nueva sed que nunca podrá ser satisfecha por completo en este mundo. Decidí aprender más, dedicarme a buscar a este Dios que vivía en catedrales góticas oscuras y que invadió mi dormitorio para despertarme de un sueño complaciente.



¿Qué hace que un estudiante universitario busque la presencia de Dios a altas horas de la noche? Algo sucedió esa tarde en un salón de clases que me llevó a la capilla. Yo era un nuevo creyente. Mi conversión fue repentina y dramática; para mí fue como una réplica del camino a Damasco. Mi vida había dado un vuelco y estaba lleno de celo por la dulzura de Cristo. Estaba consumido en una nueva pasión, por estudiar la Escritura, por aprender a orar, por conquistar los vicios que asaltaban mi carácter, por crecer en gracia. Quería desesperadamente hacer que mi vida contara para Cristo. Mi alma cantaba: «Dios, yo quiero ser cristiano».

Pero algo faltaba al inicio de mi vida cristiana. Tenía un celo abundante, pero estaba marcado por una superficialidad, una especie de simplicidad que me estaba convirtiendo en una persona

unidimensional. Era una especie de unitario, unitario de la segunda persona de la Trinidad. Sabía quién era Jesús, pero Dios el Padre estaba rodeado de misterio. Estaba oculto, un enigma para mi mente y un extraño para mi alma. Un velo oscuro cubría Su rostro.

 Mi clase de filosofía cambió eso.

 Era una asignatura que había generado poco interés en mí. Apenas podía esperar para dejar atrás ese tedioso requisito. Había elegido especializarme en Biblia y pensé que las especulaciones abstractas que vería en la clase de filosofía eran una pérdida de tiempo. Escuchar a los filósofos discutir sobre la razón y la duda parecía vacío. No encontraba alimento para mi alma, nada que inflamara mi imaginación, solo acertijos intelectuales aburridos y difíciles que me dejaban indiferente. Hasta esa tarde de invierno.

 La clase de ese día fue sobre un filósofo cristiano llamado Aurelio Agustín. En el curso de la historia, él había sido canonizado por la Iglesia católica romana. Todos se referían a él como San Agustín. El profesor dio una clase sobre las posturas de Agustín en cuanto a la creación del mundo.

 Estaba familiarizado con el relato bíblico de la creación. Sabía que el Antiguo Testamento comenzaba con las palabras: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra», pero nunca había pensado profundamente en el acto original de la creación. Agustín investigó este glorioso misterio y planteó la pregunta: «¿Cómo se hizo esto?».

 «En el principio...».

 Suena como el inicio de un cuento de hadas: «Había una vez». El problema es que en el principio no había tiempo, tal como lo entendemos para que haya «una vez». Pensamos en los comienzos como puntos de partida en algún lugar en medio de un período de la historia.

Cenicienta tenía una madre y una abuela. Su historia comenzó con «había una vez», no comenzó en el principio absoluto. Antes de Cenicienta había reyes y reinas, rocas y árboles, caballos, liebres, narcisos.

¿Qué había antes del comienzo de Génesis 1? Las personas que Dios creó no tenían padres ni abuelos. No había libros de historia que leer porque no había historia. Antes de la creación, no había reyes ni reinas ni rocas ni árboles. No había nada; nada, excepto Dios, por supuesto.

Fue allí, en mi clase de filosofía, donde empezó mi dolor de cabeza digno de un analgésico. Antes de que el mundo comenzara, no había nada. Pero ¿qué es en realidad la «nada»? ¿Alguna vez has tratado de pensar en la nada? ¿Dónde podemos encontrarla? Obviamente en ninguna parte. ¿Por qué? Porque es la nada, y la nada no existe. No puede existir, porque si existiera, sería algo y no nada. ¿Te está empezando a dar un dolor de cabeza como el mío? Piénsalo por un segundo. No puedo decirte que pienses en «eso» porque la nada no es un «eso». Solo puedo decir que «la nada no es».

Entonces, ¿cómo podemos pensar en la nada? No podemos. Es simplemente imposible. Si tratamos de pensar en nada, siempre terminamos pensando en algo. Tan pronto intento pensar en la nada, empiezo a imaginar mucho aire «vacío». Pero el aire es algo; tiene peso y sustancia. Lo sé por lo que sucede si un clavo perfora el neumático de mi automóvil.

Jonathan Edwards dijo una vez que la nada es con lo que sueñan las rocas dormidas. Eso no ayuda mucho. Mi hijo me ofreció una mejor definición de *nada*. Mientras estaba empezando la escuela secundaria, le preguntaba cuando llegaba a casa de la escuela: «¿Qué hiciste hoy, hijo?». La respuesta era la misma todos los días: «Nada». Así que la

mejor definición que puedo dar sobre lo que es «nada» es: «lo que mi hijo hacía todos los días en la escuela».

Nuestra comprensión de la creatividad involucra la elaboración y formación de pintura, arcilla, notas en papel o algún otro tipo de sustancia. En nuestra experiencia, no hemos podido encontrar un pintor que pinte sin pintura o un escritor que escriba sin palabras o un compositor que componga sin notas. Los artistas deben comenzar con *algo*. Lo que los artistas hacen es moldear, dar forma o reorganizar otros materiales. Pero nunca trabajan con nada.

San Agustín enseñó que Dios creó el mundo de la nada. La creación era algo así como cuando un mago saca un conejo de su sombrero. Solo que Dios no tenía un conejo y ni siquiera tenía un sombrero.

Mi vecino de al lado es un ebanista experto. Una de sus especialidades es construir gabinetes para magos profesionales. Él me dio un recorrido por su taller y me mostró cómo se hacen las cajas y los armarios de mago. El truco está en el uso ingenioso de espejos. Cuando el mago sale al escenario y muestra una caja vacía o un sombrero vacío, lo que ves es solo la mitad de la caja o la mitad del sombrero. Considera el sombrero «vacío», por ejemplo. Se coloca un espejo justo en el medio del sombrero. El espejo refleja el lado vacío del sombrero, dando una imagen gemela exacta. La ilusión crea el efecto visual de estar viendo ambos lados de un sombrero vacío, pero en realidad, solo ves la mitad del sombrero. La otra mitad tiene suficiente espacio para ocultar palomas muy blancas o un conejo regordete. No hay mucha magia, ¿verdad?

Dios no creó el mundo con espejos. Para ello, habría necesitado medio mundo con el cual comenzar y un espejo gigante para ocultar la otra mitad. La creación involucró el traer a la existencia todo lo que existe, incluyendo los espejos. Dios creó el mundo de la nada. Una

vez no había nada y luego, de repente, por mandato de Dios, había un universo.

Nuevamente nos preguntamos: ¿cómo lo hizo? La única pista que da la Biblia es que Dios llamó al universo a existencia. Agustín se refirió a ese acto como el «imperativo divino» o el «fiat divino». Todos sabemos que un imperativo es una orden. También lo es un fiat. Cuando Agustín habló de un fiat, no estaba pensando en un automóvil italiano pequeño. El diccionario define *fiat* como un mandato o un acto de la voluntad para crear algo.

En este momento estoy escribiendo este libro en una computadora fabricada por IBM. Es una máquina particular increíble, bastante compleja en todas de sus partes. Está diseñada para responder a ciertos comandos. Si cometo un error mientras escribo en el teclado, no tengo que buscar un borrador. Para corregir mis errores, simplemente introduzco un comando y la computadora los corrige. La computadora funciona por fiat. Pero el poder de mi fiat es limitado. Los únicos comandos que funcionan son los que ya están programados en la computadora. Me encantaría simplemente poder decirle a la computadora: «Por favor, escribe todo este libro por mí, mientras salgo a jugar golf». Mi máquina no puede hacer eso. Puedo gritarle a la pantalla con el imperativo más fuerte que conozco: «¡Escribe este libro!», pero este aparato es demasiado obstinado para hacer caso.

Los fiats de Dios no son tan limitados. Él puede crear por la sola fuerza de Su mandato divino. Puede crear algo de la nada, vida de la muerte. Él puede hacer estas cosas con el sonido de Su voz.

El primer sonido que se escuchó en el universo fue la voz de Dios ordenando: «¡Sea!». Es incorrecto decir que este fue el primer sonido «en» el universo porque hasta que no se completó el sonido no había

universo para que este sonido estuviera allí. Dios gritó en el vacío. Tal vez fue una especie de grito primigenio dirigido a la oscuridad vacía.

El mandamiento creó sus propias moléculas para llevar las ondas de sonido de la voz de Dios cada vez más lejos en el espacio. Sin embargo, las ondas de sonido hubieran tomado demasiado tiempo. La velocidad de este imperativo excedió la velocidad de la luz. Tan pronto como las palabras salieron de la boca del Creador, comenzaron a suceder cosas. Donde Su voz resonó, aparecieron estrellas, brillando con un resplandor indescriptible al ritmo de los cánticos angelicales. La fuerza de la energía divina salpicó el cielo como un caleidoscopio de color lanzado desde la paleta de un artista poderoso. Los cometas atravesaron el cielo con colas destellantes como los fuegos artificiales del día de la independencia.

El acto de la creación fue el primer evento en la historia. También fue el más deslumbrante. El Arquitecto Supremo contempló Sus planos de diseño sumamente complejos y dio órdenes a los límites del mundo para que se establecieran. Habló, y los mares quedaron encerrados tras sus puertas y las nubes se llenaron de rocío. Colgó las Pléyades y abrochó el cinturón de Orión. Volvió a hablar y la tierra empezó a llenarse de huertos en plena floración. Brotaron flores como en la primavera en Misisipi. Los tonos lavanda de los ciruelos bailaban con el brillo de las azaleas y las forsitias.

Dios habló una vez más y las aguas se llenaron de seres vivos. El caracol se escondió bajo la sombra de la pastinaca, mientras que el gran pez espada emergió del agua para pasearse sobre las olas con su cola. Volvió a hablar, y se oyó el rugido del león y el balido de las ovejas. Aparecieron animales de cuatro patas, arañas de ocho e insectos alados.

Y Dios dijo: «Es bueno».

Luego Dios se inclinó hacia la tierra y cuidadosamente moldeó un pedazo de arcilla. Se la llevó suavemente a los labios y sopló en ella. La arcilla comenzó a moverse. Comenzó a pensar. Comenzó a sentir. Comenzó a adorar. Estaba viva y estampada con la imagen de su Creador.

Considera la resurrección de Lázaro de entre los muertos. ¿Cómo lo hizo Jesús? No entró en la tumba donde estaba tendido el cadáver de Lázaro en descomposición. No tuvo que administrar reanimación boca a boca. Se quedó afuera de la tumba, a cierta distancia, y gritó con voz fuerte: «¡Lázaro, ven fuera!». La sangre comenzó a fluir por las venas de Lázaro y las ondas cerebrales comenzaron a pulsar. En un estallido de vida, Lázaro abandonó su tumba y salió caminando. Esa es la creación por *fiat*, el poder del imperativo divino.

Algunos teóricos modernos creen que la nada creó el mundo. Observa la diferencia entre decir que el mundo fue creado *de* la nada y decir que el universo fue creado *por* la nada. En esta visión moderna, el conejo sale del sombrero sin que haya un conejo, un sombrero, ni siquiera un mago. La postura moderna es mucho más milagrosa que la bíblica. Sugiere que la nada creó algo. Más que eso, sostiene que la nada lo creó todo, ¡una verdadera hazaña!

Ahora bien, de seguro que no hay gente seria andando por ahí en esta era científica afirmando que el universo fue creado por la nada, ¿verdad? Sí, los hay por montones. Desde luego, por lo general no lo dicen de la manera en que lo dije yo, y probablemente se molesten conmigo por expresar sus posturas de esta manera. Sin duda protestarían porque he presentado una caricatura distorsionada de su posición sofisticada. Bueno. Es cierto: ellos no dicen que el universo fue creado por la nada; dicen que el universo fue creado por casualidad.

Pero la casualidad no es algo. No tiene peso, ni medidas, ni poder. Es simplemente una palabra que usamos para describir posibilidades matemáticas. No puede hacer nada. No puede hacer nada porque no es nada. Decir que el universo fue creado por casualidad es decir que surgió de la nada.

Eso es locura intelectual. ¿Cuáles son las posibilidades de que el universo haya sido creado por casualidad?

San Agustín entendió que el mundo no pudo haber sido creado por casualidad. Sabía que se requería algo o a alguien con poder, el poder mismo de la creación, para lograr la tarea. Sabía que algo no puede venir de la nada. Entendió que en algún lugar, de alguna manera, algo o alguien debía tener el poder de ser. De lo contrario, nada existiría ahora.

La Biblia dice: «En el principio... Dios». El Dios que adoramos es el Dios que siempre ha sido. Solo Él puede crear seres, porque solo Él tiene el *poder de ser*. Él no es nada. Él no es casualidad. Él es puro Ser, Aquel que tiene el poder de ser *todo por Sí mismo*. Solo Él es eterno. Solo Él tiene poder sobre la muerte. Solo Él puede traer mundos a existencia por fiat, por el poder de Su mandato. Tal poder es asombroso, impresionante. Es merecedor de respeto y humilde adoración.

Fueron las palabras de Agustín —que Dios creó el mundo de la nada por el puro poder de Su voz— lo que me llevó a la capilla a medianoche.



Sé lo que significa ser convertido. Sé lo que significa nacer de nuevo. También entiendo que una persona puede nacer de nuevo solo una vez. Cuando el Espíritu Santo vivifica nuestras almas dándoles nueva vida

en Cristo, Él no detiene Su obra. Él continúa trabajando en nosotros. Continúa cambiándonos.

Mi experiencia en el salón de clase, pensando en la creación del mundo, fue como nacer de nuevo por segunda vez. Fue como ser convertido, no solo a Dios el Hijo, sino a Dios el Padre. De repente tuve una pasión por conocer a Dios el Padre. Quería conocerlo en Su majestad, conocerlo en Su poder, conocerlo en Su majestuosa santidad.

Mi «conversión» a Dios el Padre no estuvo exenta de dificultades. Aunque estaba profundamente impresionado por la idea de un Dios que creó todo un universo a partir de la nada, me preocupaba el hecho de que el mundo en el que vivimos sea un lugar lleno de tristezas. Es un mundo plagado de maldad. Mi siguiente pregunta fue: ¿Cómo podría un Dios bueno y santo crear un mundo que está tan hecho líos? Mientras estudiaba el Antiguo Testamento, también me preocupaban las historias en las que Dios ordenaba la matanza de mujeres y niños, en la que Dios mató a Uza instantáneamente por tocar el arca del pacto y otras narraciones que parecían revelar un lado brutal del carácter de Dios. ¿Cómo podría llegar a amar a un Dios como ese?

El único concepto, la idea central con la que me seguía encontrando en las Escrituras, era la idea de que Dios es *santo*. La palabra me era extraña. No estaba seguro de lo que significaba. Hice de la pregunta un asunto de búsqueda diligente y persistente. Aún hoy en día, estoy absorto con la pregunta de la santidad de Dios. Estoy convencido de que es una de las ideas más importantes que un cristiano puede enfrentar. Es básica para toda nuestra comprensión de Dios y del cristianismo.

La idea de la santidad es tan central en la enseñanza bíblica que se dice de Dios que «santo es su nombre» (Lc 1:49). Su nombre es santo porque Él es santo. No siempre se le trata con santa reverencia.

Su nombre es pisoteado en medio de la suciedad de este mundo. Se usa como una mala palabra, como una plataforma para lo obscuro. Que el mundo tenga poco respeto por Dios se ve vívidamente en la manera en que el mundo considera Su nombre: sin honor, sin reverencia, sin temor ante Él.

Si le preguntara a un grupo de cristianos cuál es la principal prioridad de la Iglesia, estoy seguro de que obtendría una amplia variedad de respuestas. Algunos dirían que es el evangelismo, otros la acción social y aún otros dirían que es proveer alimento espiritual. Pero todavía no he escuchado a nadie hablar sobre aquellas que eran las prioridades de Jesús.

¿Cuál es la primera petición del padrenuestro? Jesús dijo: «Vosotros, pues, orad de esta manera: “Padre nuestro que estás en los cielos...”» (Mt 6:9). La primera línea de la oración no es una petición. Es una forma personal de dirigirse a Dios. La oración continúa: «santificado sea tu nombre. Venga tu reino» (Mt 6:9-10). A menudo confundimos las palabras «santificado sea tu nombre» como parte del nombrar a quien te estás dirigiendo, como si las palabras fueran «santificado *es* tu nombre». En ese caso, las palabras serían simplemente una atribución de alabanza a Dios. Pero no fue así como Jesús lo dijo. Lo pronunció como una petición, como la primera petición. Deberíamos orar para que el nombre de Dios sea santificado, que Dios sea considerado como santo.

Hay una especie de secuencia dentro de la oración. El reino de Dios nunca vendrá donde Su nombre no es considerado santo. Su voluntad no se hace en la tierra como en el cielo si aquí Su nombre es profanado. En el cielo, el nombre de Dios es santo. Es suspirado por los ángeles en un susurro sagrado. El cielo es un lugar donde la reverencia a Dios es total. Es una insensatez buscar el reino donde Dios no es reverenciado.

La manera en que entendemos la persona y el carácter de Dios el Padre afecta cada aspecto de nuestras vidas. Afecta mucho más que lo que normalmente llamamos los aspectos «religiosos» de nuestras vidas. Si Dios es el Creador de todo el universo, entonces debe deducirse que Él es el Señor de todo el universo. Ninguna parte del mundo está fuera de Su señorío. Eso significa que ninguna parte de mi vida debe estar fuera de Su señorío. Su carácter santo tiene algo que decir sobre la economía, la política, el atletismo, el romance y sobre todo aquello en lo que estemos involucrados.

Dios es ineludible. No hay lugar donde podamos escondernos de Él. No solo penetra en todos los aspectos de nuestras vidas, sino que lo hace en Su majestuosa santidad. Por lo tanto, debemos procurar entender qué es la santidad. No nos atrevamos a intentar evitarla. Sin santidad no puede haber adoración, ni crecimiento espiritual, ni obediencia verdadera. La santidad define nuestra meta como cristianos. Dios ha declarado: «Sed santos, porque yo soy santo» (Lv 11:44).

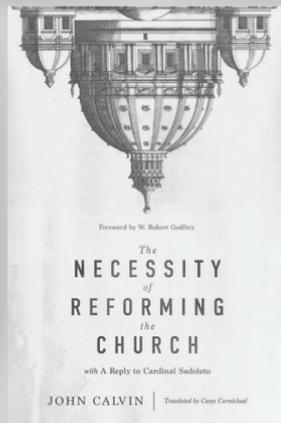
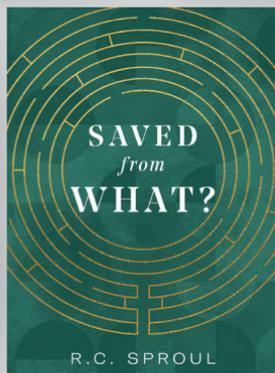
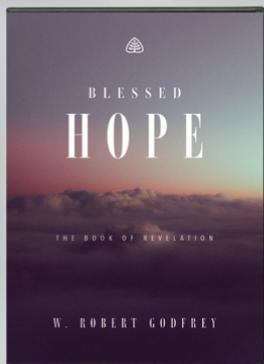
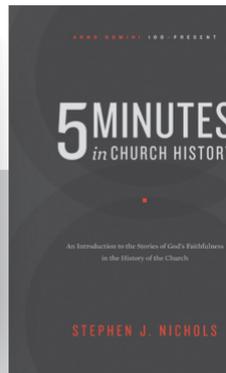
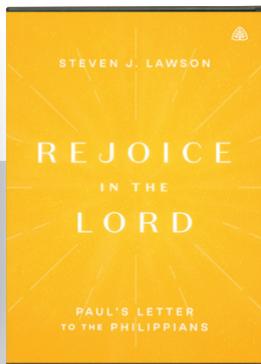
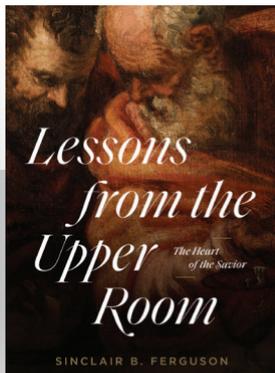
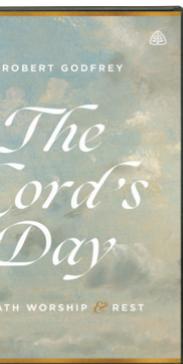
Para alcanzar esa meta, debemos entender qué es la santidad.

Permitiendo que la santidad de Dios toque nuestras vidas

Mientras reflexionas sobre lo que has aprendido y redescubierto acerca de la santidad de Dios, responde estas preguntas. Usa un diario para registrar tus respuestas con respecto a la santidad de Dios o discute tus respuestas con un amigo.

1. Cuando piensas en Dios como santo: ¿qué te viene a la mente?
2. Describe un momento en el que fuiste vencido por la santidad de Dios.
3. ¿Te atrae la santidad de Dios?
4. ¿Cómo puedes tú poner en práctica ser santo durante la próxima semana?

We want to see men and women around the world connect the deep truths of the Christian faith to everyday life.



Order your copy of this title, download the digital version, or browse thousands of resources at Ligonier.org.



LIGONIER MINISTRIES